

Enrique Faes Díaz

El agente suizo

Fuga de capitales
en la España de Franco



Galaxia Gutenberg

ENRIQUE FAES DÍAZ

El agente suizo

Fuga de capitales en la España de Franco

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2025

© Enrique Faes Díaz, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 10773-2025
ISBN: 979-13-87605-19-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Malena y Ayelén, y viceversa

*Y a la memoria de Javier Lion Bustillo,
porque su voz no se apaga*

No deja de ser cierto que la historia es una invención a la que la realidad acarrea sus propios materiales. No arbitraria.

ANTONIO SCURATI

—¿Tú crees que anda metida en negocios turbios?

—Rufo, eso es una redundancia.

EDUARDO MENDOZA

Índice

El enigma y el misterio	13
1. BANQUEROS Y VIAJANTES	23
Un tipo corriente: el agente Rivara	23
El <i>Método Kern</i>	31
La Banque de Bilbao, escuela de oficios	36
<i>Confiance, Sécurité, Discrétion</i> : SBS y las reglas del juego	40
2. COMISARIOS E INSPECTORES	49
Un inconformista: el comisario Ureta	49
«Una atmósfera de terror»	54
Una transformación en marcha	60
«Un contrabando monetario en gran escala»	65
Tres visitas incómodas y una buena recompensa	68
Los desvelos del inspector Ritschard	74
3. JUECES Y ABOGADOS	79
Suena el teléfono en el Juzgado de Delitos Monetarios.	79
«De ideología apasionadamente derechista»	84
« <i>Madame</i> Rivara está destrozada»	87
872 nombres en el BOE	91
A Garrigues «desde su origen»	96
4. UN ASUNTO DE ESTADO	103
Nestlé como símbolo	103
«La situación podría degenerar muy rápidamente»	108

Anatomía de una caída	116
Suiza, « <i>admirable petit país</i> »	120
5. UNA EXPLICACIÓN: FALANGE EN LA TRASTIENDA	125
«Un capitalismo antinacional y delictivo»	125
«Una amnistía de hecho, no de derecho»	135
¿Entre 100 y 280 millones de dólares?	141
Un día cualquiera: 21 de julio de 1959	145
6. LA MITAD DE LA MITAD	151
59 millones y medio (pero de pesetas)	151
Como un dragón, de cola a cabeza	156
«La afición que domina a nuestra familia es la música»	159
«Sin dar cuenta jamás a sus clientes de lo que van a hacer»	165
De Canadá a Sudáfrica: el imperio después del imperio	168
7. EMPRESAS, INVERSORES, AHORRADORES	175
Hasta en la playa de Lloret de Mar	175
Empresas sin divisas, divisas sin empresas	183
Las finanzas en torno a <i>Jorge</i>	188
...Y Marujita Díaz	192
8. NADIE QUIERE PROBLEMAS	199
Ni flores, ni visitas.	199
«Nuestra banca no ha jugado un papel glorioso»	208
Diez años antes de Matesa.	214
Bibliografía citada	221
Abreviaturas y acrónimos	229
Notas	231
Índice onomástico	263

El enigma y el misterio

Un enigma afecta a la inteligencia y puede ser resuelto mediante el razonamiento. Un misterio, en cambio, interpela al corazón, y por ese solo motivo puede llegar a ser irresoluble. El primero estimula, obsesiona, te engancha a un juego. El segundo fascina, desarbola, puede convertirse en toda una fábrica de noches en vela, hace que los astros empiecen a girar hacia el lado que no deben y, en su versión más trágica, arrasa. De ahí que la existencia de un misterio flotante se haya considerado un elemento básico de la novela negra, porque en los corazones ocurren cosas que no ocurren en las calles y, por su estela de dolor profundo, se suele llegar a un nihilismo final característico del género: el instante desolador en que queda al descubierto que haberse empeñado en una búsqueda de la verdad tal vez no haya servido para mucho.

Algo así le oí decir al escritor Eugenio Fuentes, en lo esencial, durante unas jornadas literarias que se celebraban en Barcelona. No lejos de allí, ciudad abajo, en dirección al mar, la Policía detuvo una mañana fría de 1958 a un agente de la banca suiza a quien le venía siguiendo los pasos. Hubo largos interrogatorios, destrucción de pruebas, algún encarcelado, silbidos de advertencia en calles y despachos, temor a una confesión general. Por encima de todo, se levantó una descomunal polvareda: aquella detención fue el detonante del mayor escándalo financiero internacional en los casi veinte años que el franquismo llevaba en marcha. Lo que empieza aquí es la historia de esa captura fundamental y de lo que vino tras ella. Cómo el caso se complicó tan pronto, y qué juegos de fuerzas determinaron su resolución, es el enigma central que el libro intenta

resolver. Por qué a Georges Laurent Rivara, empleado de la Société de Banque Suisse, veterano en el oficio, cauto, buen conocedor de España, le ocurrió cuanto le ocurrió, y qué razón hizo que fuera él, y no otro, quien cayó a un profundo abismo del que ya nunca volvería a salir, probablemente seguirá siendo un misterio.

No es fácil manejarse con rutinas de espía, y menos aún hacerlo a tiempo parcial. La vida se llena de pronto de precaución, camuflajes y puntos de fuga, y lo que hasta ayer era un ir y venir despreocupado se convierte en una evaluación constante del riesgo, que requiere lucidez y buena suerte. Eficiente agente bancario en su ciudad, Ginebra, durante nueve meses al año, vecino corriente de un barrio céntrico, gestor de confianza de cientos de clientes extranjeros, en los tres meses restantes Rivara adoptaba la apariencia de un viajero inofensivo para penetrar en España y moverse por su territorio, metódicamente. Todo estaba medido. Debía atender a los propietarios de cuentas corrientes en su banco suizo, cuidar la relación, informarles de la evolución de su patrimonio, orientarlos hacia nuevas inversiones y, en un ajetreo de socialización cotidiana imposible de ocultar por completo, captar nuevos capitales. Cuantos más, mejor. Una tarea prosaica, aburrida como conversación de sobremesa, poco excitante, de no ser porque en la España de los cincuenta estaba rigurosamente prohibido poseer una cuenta en otro país sin permiso del Estado, y no digamos apostar dinero particular a acciones de empresas de lugares lejanos e ir recogiendo el fruto, año tras año, también a espaldas de las autoridades del régimen. A lo largo de seis semanas en primavera y otras seis en otoño, el agente Rivara se convertía en un habitante más de Barcelona, Madrid y el País Vasco, envuelto en un halo íntimo de clandestinidad autodidacta. La seguridad se la daba la experiencia, porque hasta entonces nunca había pasado nada. Su primera regla era andar sin papeles encima. La segunda, no anotar dato alguno que no estuviera en clave. Para custodiar las libretas con los nombres de sus clientes (que, de ser descubiertos, quedarían marcados como evasores de capitales), cuatro contactos sin razones aparentes para traicionarlo: un

notario escrupuloso, un empresario medio pariente, dos directivos bancarios de segunda fila. Estancias limitadas, aunque regulares; frecuentes miradas atrás, todo un ritual de comprobaciones rutinarias. Un grado de exposición pública calculado, con el que darle naturalidad a la coartada del turista recurrente, o del hombre de mundo que viene al país a cerrar negocios dentro de unos límites permitidos. Y aun así, lo capturaron.

Del caso (que acabó bautizándose con su apellido) no se sabía gran cosa. Es uno de esos revuelos que en su momento marcan época, pero que el correr de los años va simplificando hasta dejarlo compactado en un relato simple, pero rotundo: una historia de buenos y malos, con moraleja variable, que sucedió en otro tiempo. En ella, la sombra de Georges Rivara es la de un fantasma condenado a vagar por el mundo a consecuencia de un suceso fatal, en cuanto un giro inesperado le jugó una mala pasada. Y, en lugar de errar encadenada a una pesada bola, su silueta arrastra consigo un número del *Boletín Oficial del Estado* publicado en 1959 en el que la dictadura franquista decidió desnudar, uno por uno, a casi un millar de sus clientes, divulgando su identidad completa, la multa inicial que se les impuso y las sumas millonarias que, ilegalmente, atesoraban en Ginebra. Algo inédito desde que el régimen se había inventado a sí mismo.

Salvo algunas páginas escritas precisamente en el país del agente suizo, este demoledor ejemplar del BOE es el punto en el que anclan sus relatos quienes se han aventurado tras el rastro del asunto. Este libro pretende dar un paso más allá. Se apoya sobre todo en el sumario judicial del caso, localizado gracias a esa afortunada confluencia de tenacidad y suerte que –lo sabe quien escribe sobre historia persiguiendo las voces originales– suele estar tras cualquier hallazgo que vale la pena. Al fondo de esta trama de delincuencia monetaria que en un país existe y para el otro, no, donde cada revelación explica la siguiente y todo sucede envuelto en una atmósfera de novela policiaca, el centro de gravedad permanente está en esa fuente. Son veinte cajas repletas hasta los topes, custodiadas en el Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares. Una

pequeña galaxia de papel habitada por policías que se salen con la suya, clientes estupefactos, banqueros irritados, hombres de negocios que se resisten a creer lo que están viendo, jueces que necesitan tomarse un descanso, testigos incómodos, abogados atareados. La fotografía grupal de lo que está ocurriendo en una esquina representativa del mundo de las finanzas, en esa España varada y contradictoria de mediados del franquismo. Como contraste necesario, en el otro polo de la historia, el punto de vista suizo está tomado de documentación conservada en los *Archives fédérales* de aquel país. Estos son, a fin de cuentas, los dos grandes soportes del libro, aunque se sustenta también en otros fondos complementarios, hasta completar la docena. Al buen trabajo de las personas al frente de todos ellos se debe, sin exclusión, la obtención de la fascinante materia prima de un relato que, siendo novelesco por naturaleza, no deja de ser un libro de historia. Solo una vez se dio una distorsión reseñable en ese largo proceso de documentación previo a la escritura: fue al recibir una copia de las actas de los consejos de ministros de 1958 y 1959 con renglones enteros ocultos tras un severo velo negro, tachados por alguien conforme a algún precepto difícil de digerir para quien desea ver documentos de alcance público generados en el viejo siglo xx, ya bien entrado el xxi. Otro enigma, quizá, dentro del enigma.

El caso es que curioso antes que lector, y lector antes que nada, quise indagar sobre un episodio que parecía tener los mejores ingredientes de toda buena historia. Y allí estaban, en efecto: intrigas transnacionales, financieros un rato entre rejas, policías que se embolsan recompensas de siete cifras, un juez desconcertado que cumple con su labor, ambición, peligro, palos que unos franquistas ponen en la rueda de otros, tambores de traición, estrellas que languidecen, secretos que no lo son tanto, castigo infligido, rencores sin fin, desvelos sin cura. Y, como colofón, una muerte misteriosa. La sombra de la provocación de un daño intencionado (otro de los elementos nucleares de la novela negra) sobrevuela esta historia de principio a fin como un pájaro errático. Y toda ella transcurre, adicionalmente, bajo la presión de uno o varios dilemas morales

ante los que más pronto o más tarde hay que tomar partido: un envoltorio muy propio del género.

El libro se estructura así. Los códigos que maneja una sigilosa legión de directivos de banca, asesores financieros y viajeros en misión comercial a un país que no es el suyo, en plena colisión entre una dictadura empeñada en controlar cualquier transacción económica con el exterior y uno de los mayores paraísos fiscales del planeta, componen el entramado del primer capítulo. Luego entran a escena los policías. Resultan ser tipos duros de roer en España, protagonistas de un proceso de cambio y modernización en el que cada cual optará entre ganar profesionalidad o permanecer acomodado, y parecen funcionarios más anodinos y lentos de reflejos en el caso de Suiza. También es verdad que las preocupaciones en uno y otro país son diferentes: mientras que en uno se quiere cazar a quienes se saltan la obligación de declarar y ceder sus divisas al Estado franquista, que ya no sabe cómo conseguir los dólares o francos que casi nunca logra reunir, en el otro el problema es que alguien podría haber violado el secreto bancario, y eso, allí, son palabras mayores. Basta seguir el rastro al viento helado que aterroriza a diplomáticos, políticos y banqueros de la Confederación, ante la mera sospecha de que la confidencialidad se ha agrietado, para ratificar la importancia del sigilo financiero en la construcción de una artificial identidad suiza. Los límites de la Justicia franquista en la persecución de delitos monetarios se abordan en el tercer capítulo, en cuyas páginas aparecen jueces sobrepasados, abogados con tarea y unas reglas del juego que, para frustración de muchos y consuelo de otros, cambian sustancialmente a mitad de la partida. Completan el elenco de actores principales los hombres de la diplomacia suiza a los que el escándalo sorprende destinados en España (a quienes está dedicado el capítulo siguiente) y, por último, los políticos a los que les toca encauzar el asunto en el Madrid de Franco, con especial atención a los falangistas que ven en el episodio un apetecible caramelo con el que endulzar su reciente postergación en posiciones de poder del régimen. Banqueros y viajeros, comisarios e inspectores, jueces y abogados, políticos varios y emisarios del país propio en

otro ajeno. Esta es la galería básica. Pero faltan los clientes, personajes clave para que la trama exista.

Por eso los dos capítulos siguientes quieren ser una especie de radiografía del caso. Habrán sido eficaces si logran esclarecer quiénes y por qué pensaron que era buena idea confiarle su dinero a la banca suiza a sabiendas de que estaban transgrediendo la ley, a qué razones prácticas obedeció esa decisión, cuándo salió el dinero de España, qué singularidades tuvo el entusiasmo de inversores y ahorradores en cada una de las tres grandes áreas urbanas implicadas (Barcelona, Madrid, el eje costero entre San Sebastián y Bilbao) y qué grado de participación asumió el mundo empresarial en la trama. El capítulo final, en realidad, no es otra cosa que un seguimiento de los coletazos del escándalo y del brillo de la mala estrella, cada vez más tenue, que acompañó a Georges Rivara hasta el momento de su muerte, no mucho después de volver a Suiza tras un interminable año de cautiverio.

A menudo, creo, se escribe como se vive, y se vive como se puede. Hay personas que alojan en su casa a quien lo necesita un día, y son buenas. Hay otras que extienden esa hospitalidad más allá, y son mejores. Pero hay las que dejan abierta la puerta todo el tiempo que sea necesario: estas son las imprescindibles. Sin Santi, que se incluye en el último grupo, este libro se habría atascado quién sabe hasta cuándo, y de ninguna manera estaría listo en el plazo previsto. Puede que un viaje a deshora a Guinea Ecuatorial, en medio de una tormenta tropical ante la que parecía no haber abrigo, haya pesado más de lo que creía en la reactivación necesaria para que estas páginas hayan llegado a existir como tales. Y qué podría decir de una discreta constelación de gente próxima que, con mayor o menor intensidad, estuvo presente contra viento y marea mientras esta historia salió adelante en un segundo o tercer plano. A quien más corazón y generosidad puso en ello, dejando por defecto huellas indelebles, es a quien más le estoy agradecido, sin duda y con diferencia. Cuento con un trío de amigos, ellos saben quiénes son, que a día de hoy son el mejor equipo para andar por el mundo. Y con una madre y una hermana –esposa e hija de viajante,

respectivamente— que sabrán reconocer la parte más doméstica, y a la vez más universal, de lo que se narra en este libro.

En la financiación de estancias necesarias para la investigación ha sido vital el soporte aportado por el Proyecto de Investigación competitivo «Diplomacia económica y redes transnacionales. España y EE. UU.: comercio, finanzas internacionales y política exterior de la Gran Depresión a la Guerra Fría (1930-1960)», con referencia PID-2022-136825NB-I00, cuyos investigadores principales (José Antonio Montero y Pablo León Aguinaga) han puesto de su mano facilidades con las que ir obteniendo avances en la fase final de la indagación. Sin olvidar al resto de compañeros enrolados en el mismo proyecto, Joan Maria Thomàs revisó y comentó una versión preliminar del capítulo centrado en Falange, y Sébastien Farré me sugirió una pista en la que no había caído, gracias a la cual —quién lo diría— acabé localizando a protagonistas centrales de la narración cuando todo eran indicios de que ya nunca aparecerían. José Antonio Sánchez Román, cómplice necesario dentro y fuera de una facultad eternamente en obras, hizo observaciones atinadas al capítulo 4 con las que he intentado mejorar el texto definitivo. Ahí está siempre, detrás de todo lo que escribo, el tándem formado por Mercedes Cabrera y Miguel Martorell, a pesar de que vaya pasando el tiempo y la vida sea otra: es por el magisterio de ambos por el que no concibo investigar sin escarbar hasta donde aguanten las uñas, disfrutando a fondo del ejercicio intelectual que todo viaje en el tiempo exige. Creo que con Diego Palacios he hablado más de Policía en general y policías en particular de lo que lo había hecho en toda mi vida previa, y creo también que me ha servido mucho para cimentar mejor uno de los capítulos. Elena Martínez Ruiz es la responsable de que me lanzara a identificar de forma sistemática, uno a uno, a los 369 sancionados por el caso, rastreando su profesión y motivaciones en una tarea de hormiga que al principio me parecía inasumible. Pero todo fue bien y allí en Alcalá, entre cajas de cartón y expedientes avejentados, pasé algunos de los momentos de mayor belleza de todo el proceso. Quedaba terminar de ordenar el relato escrito: en el último empujón imprescindible para esto ayudó la benevolencia

general del Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político de la UNED, dirigido por Pilar Mera, al que pertenezco.

Lo mejor, hay que ver, fue a ocurrir al final, y además llegó contra pronóstico. Ese instante en el que se asume que desvelar una verdad total no siempre es posible –porque el mundo continuará girando entre una vieja combinación de satélites que lo seguirán dotando de capas de misterio, por mucho que uno resuelva enigmas e indague hasta el agotamiento– tuvo la fatalidad consustancial al género policiaco. Cuando la labor de investigación había concluido y el libro estaba ya a punto de ser terminado, en ese momento de alivio en que las conclusiones parecían pulidas y, mal que bien, la mayoría de las piezas encajaban a simple vista, un correo electrónico enviado sin mucha fe condujo a Jacopo Rivara, y su amabilidad e implicación llevaron, a su vez, hasta Patrick y Alain Rivara, hijo este último del protagonista de esta historia y testigo de primera mano del enredo. De ahí salió una entrevista en Ginebra que echó por tierra algunas hipótesis, obligó a reescribir varios pasajes y completó ciertas lagunas que la documentación, por sí sola, no permitía cubrir. Sobre todo, el encuentro trajo consigo la lección (tan de plano final de película, cuando el investigador suspira resignado y se retira a buscar un mal tugurio donde le sirvan un buen whisky) de que ciertas preguntas permanecerán abiertas. No puedo dejar de expresar aquí mi gratitud hacia los tres Rivara, ni pasar por alto su perplejidad al conocer que alguien se interesaba por esa historia suya llena de silencios y tabúes, 65 años después: seguramente muestra hasta qué punto el asunto se cerró en su día en falso, como si un pesado mecanismo hubiera accionado entonces una persiana metálica, infranqueable, tras la que hacer desaparecer a un protagonista que, a su pesar y para siempre, se ha vuelto inconveniente.

Mucho tiene que ver en este libro la responsable de su edición, María Cifuentes, aunque solo sea porque era uno entre otros posibles y su estímulo inicial acabó por decantar el rumbo. Ahora estoy convencido de que no le faltaba olfato, y le agradezco su empujón y confianza. A medio siglo exacto del final de una dictadura que solo puede exaltarse desde su desconocimiento más absoluto y la

renuncia a construir un pensamiento autónomo basado en la observación crítica, y no en un pobre alineamiento (al menos en el caso de los más jóvenes), esta historia ilustra que en el franquismo, como por lo demás suele suceder, pocas cosas fueron simples. Lo que arranca en las próximas páginas puede ser, a la vez, una aproximación a los porqués de la fuga de capitales en pleno colapso del proyecto autárquico, una pequeña ventana por la que observar la transformación del trabajo policial ante una delincuencia global cada vez más organizada, una exploración de los circuitos de financiación de empresas y empresarios tan pragmáticos como de costumbre, una constatación del poder movilizador del dinero, un ensayo de medición de hasta dónde llega la administración de Justicia en una dictadura, y también, al fin y al cabo, una fotografía de las tensiones en el seno del régimen en un momento clave en el que el franquismo pudo jugársela a un doble o nada, y salió doble, porque la dictadura pervivió aún quince años más. Por todo ello, el libro asume el riesgo de fijarse en todo y no posarse en un lugar concreto, complicación que espero haber resuelto del mejor modo posible. Vaya por delante la advertencia de que sumergirse en la apasionante historia de Georges Laurent Rivara ha implicado manejar una diversidad de marcos conceptuales, y orientarse en un continuo cruce de disciplinas, en un ejercicio de funambulismo del que solo el autor es responsable. Temeraria o no, ha sido una elección consciente, en todo caso.

Y creo que nada más, porque si por alguna razón se escriben libros es para soltarlos de una vez al vuelo, dejarlos ir y no tener que hablar de ellos, cantando aquí y ahora, de ser posible, un verso tan hondo y redondo que en realidad podría ser un mantra: *eta nik txoria nuen maite*. Ojalá esta historia logre arrancar una sonrisa, proporcione un rato de paz o suscite nuevas preguntas a todas aquellas personas que, antes que usuarias o consumidoras de un universo inabarcable y caro, se consideran lectoras. Cierro los ojos, lo veo. Es bonito imaginarse países enteros así.

Valle del Tiétar, abril de 2025